La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 2 DE NOVIEMBRE DE 1891 — NÚM. 514



CATEDRAL DE LEÓN.-PINTURAS MURALES DEL ÁBSIDE

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas:* La primera representación de un drama en Madrid: *María Egipciaca*, de Rafael Santisteban: El *Edipo Rey* en el teatro francés: La eterna verdad de las fatalidades físicas: Las familias papales en Roma: Su decadencia inevitable: Venta del retrato de César Borgia por los Borgheses al barón Rothschild: Consideraciones sobre César Borgia: Su retrato histórico: Bello bajo relieve del Parlamento francés: Encuentro del maestro de ceremonias regias con el pensamiento de Mirabeau en Versalles: Conclusión, por Emilio Castelar. – *Narraciones. ¡Aleluya!*, por Juan B. Enseñat. – SECCIÓN AMERICANA: *El Beaterio de Huanuco* (conclusión), por Eva Canel. – *Nuestros grabados.* – *La Cuerda* (conclusión), por M. Julio Claretie (de la Academia Francesa), con ilustraciones de Juan Beraud, traducción de F. M Godino. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *Catedral de León. Pinturas murales del ábside.* – *Mi modelo*, cuadro de Andrés Petroni. – *Retrato de Juan Monfort*, obra de Van Dyck (existente en la Galería de los Uffizi de Florencia). *En el corral*, cuadro de D. José Arpa. – *Interior de mi estudio*, cuadro de D José Arpa (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín, 1891). – *Catedral de León Sillería del coro.* – *La noche*, escultura de Miguel Angel (existente en la capilla de los Médicis de Florencia). – Seis grabados correspondientes al final de la novela titulada *La Cuerda*. – *El guitarrista*, abanico pintado por Fortuny.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La primera representación de un drama en Madrid. – *María Egipciaca*, de Rafael Santisteban – El *Edipo Rey* en el teatro francés. – La eterna verdad de las fatalidades físicas. – Las familias papales en Roma. – Su decadencia inevitable. – Venta del retrato de César Borgia por los Borgheses al barón Rothschild. – Consideraciones sobre César Borgia. – Su retrato histórico. – Bello bajo relieve del Parlamento francés. – Encuentro del maestro de ceremonias regias con el pensamiento de Mirabeau en Versalles.—Conclusión.

I

No hay recreo comparable á un estreno de comedia ó drama en Madrid El teatro parece un salón inmenso y el público una escogida tertulia. Lo más difícil en toda colectividad meridional, una constante atención, se logra desde los primeros minutos y se mantiene toda la noche Menudean las emociones, ora por la novedad natural de toda obra desconocida, ora por el calor de la conversación y del diálogo. Como la pasión reina con tan soberano imperio sobre nosotros, fórmanse al vuelo en el público dos fracciones contrarias: los amigos y los enemigos del autor. Aquellos que no participan de tales afectos, los aficionados verdaderos, convierten el oído para saber y los ojos para indagar el fundado juicio á los maestros en letras y á los críticos de nota. Los maestros adolecen, aunque muchos los crean semidioses, de sus correspondientes pasioncillas y dicen con aire misterioso á las gentes profanas lo que han callado al autor cuando fué á consultarlos, bien que por no herirlo y hacérselo contrario, la verdad. El crítico suele creer su oficio reñido con toda benevolencia, y frunce las dos cejas con olímpico aire, y sonríe con despreciativa sonrisa, y suelta fórmulas entre los que van á consultarle; pero al fin concluye por enternecerse y por profundamente persuadirse á creer que en esta sociedad madrileña, donde todos nos conocemos y nos tratamos, huelga el rigor, y los jueces de las letras deben parecerse á Dios en resplandecer más por su misericordia que por su justicia. De todas suertes, las primeras representaciones son divertidísimas y procuran de seguro á los asistentes un goce intelectual y artístico intenso. Túvelo yo en la primera representación del drama titulado *María Egipciaca*, obra de un amigo mío muy aplaudido por su gracia é ingenio, de Rafael Santisteban. Y eso que no tuvo su drama el feliz logro deseado por cuantos reconocen facultades muy varias en el autor, aplaudidísimo por obras de otro género en la misma especie literaria. Rafael posee un talento cómico muy grande y variado. Las muchas victorias alcanzadas en comedias y zarzuelas y piececitas no me dejarán mentir. En el drama se halla fuera por completo del centro de gravedad suyo, según la ley natural de su ingenio, y va sin objeto y sin fin en una carrera cometaria como extraño á sí mismo y extrañado de su sistema solar. Nunca se arriesgó Aristófanes á componer una tragedia, ni Esquilo una comedia. Para la mezcla de lo gracioso con lo trágico necesítase un alma excepcional, como lo fueron las almas de Tirso y Calderón. Santisteban debe desquitarse de su infortunio último con una buena y próxima comedia. Sin el talento excepcional de María Tubau, que raya tan alto, no sale del estreno su drama. Y una comedia suya tendrá cien representaciones. ¡Ah! Entre las muchas fatalidades que sobre nosotros pesan debemos contar como una de las primeras esa fatalidad irremediable del carácter, como decimos vulgarmente hoy, tan imperiosa en la complexión psíquica como en la psicológica y contra la cual necesita mucho erguirse nuestra nativa libertad personal. Toda obra de arte donde resalten las múltiples fatalidades que cercan al hombre interesará, porque ahí está la eterna tragedia humana, en el combate con la fatalidad. Así no causa maravilla que haya interesado en el teatro francés la tragedia de Sófocles el *Edipo Rey*. ¿Quién desconocerá la parte de fatalidad reinante con imperio incontrastable sobre todos nosotros al columbrar la sombra del Edipo ciego en el arte y en la historia? Un oráculo hale dicho como está destinado á matar al padre que le prestara su ser y á manchar con torpe incesto las entrañas que lo echaran al mundo. Para burlar el cumplimiento de tal horóscopo, huye á la casa paterna Edipo, ignorando haber entrado en ella por adopción y no por nacimiento. Sus padres, Jocasta y Layo, conocedores tambien de la nefasta estrella bajo que naciera, lo habían mandado matar en áspero monte y lo imaginaban muerto. Pero el encargado por ellos de cumplir la sentencia implacable, sintiendo asaltos de compasión, dejó vivo al tierno infante y le adoptaron los reyes de Corinto llamados Polibio y Mérope. Al saber la suerte que le deparaban los hados é irse de Corinto para cualquier otra ciudad donde no pudiera ocurirle análogo peligro, encontró Edipo á Layo, su padre, quien le insultó y le apaleó, constriñéndole por fuerza casi á que, cegado de la natural cólera, despertada en el agraviado por los agravios, según ley de propia defensa, lo matara Camino de Tebas había una esfinge, la cual devoraba los viandantes que no sabían responder á sus preguntas ni descifrar sus enigmas. Los hijos de Tebas demandaban un salvador que los libertase del monstruo y resultó su salvador Edipo. No sabiendo los tebanos cómo pagarle tal servicio, casáronle con su reina viuda, Jocasta, y diéronle así en premio su tálamo y su trono regios. Hase cumplido, pues, la profecía del oráculo antiguo. Edipo ha inmolado á su padre y casádose con su madre sin saberlo ni presentirlo. Esta gran tragedia se abre á la hora misma en que tales crímenes van á encontrar su expiación. En el crepúsculo entre la felicidad y la desgracia, se abre la grande acción y surge con verdadera oportunidad el protagonista. Y á la verdad, todos hemos entrevisto en nuestra vida el Edipo rey entre los pórticos de Tebas, aclamado por el pueblo, la corona de Layo en sus sienes, el manto de púrpura en sus espaldas, iluminado por la felicidad que procura el mandar en bien de todos y marcada la frente con el nefasto sello de su horrible destino. La peste sin embargo diezma terriblemente á Tebas. Edipo investiga la causa de tal plaga y los medios de ahuyentarla. El oráculo dice que los aires continuarán pestíferos mientras aliente allí en ellos el asesino de Layo. Edipo quiere saber quién sea y consulta el mago más profeta y sabio de toda la comarca Pocas escenas tan trágicas cual esta, verdaderamente sublime. Ciego el adivino para las cosas presentes y materiales, ve la idealidad etérea de lo pasado y lo porvenir. Por ende ha visto el crimen que inocentemente perpetrara Edipo y la expiación que le aguarda. Así resístese á las interrogaciones del culpado inculpable. Pero sus preguntas le asedian en términos de arrojarlo, contra su voluntad, á respuestas mezcladas con cierto dejo de ironía. Edipo se ciega de cólera insufrible ante la resistencia, y acusa nada menos que al adivino de la castigada muerte y le conmina con amenazadoras y coléricas palabras. Empujado por tamaña temeridad el adivino declara todo cuanto sabe. Impacientísimo Edipo con impaciencia vertiginosa por la verdad desnuda y completa, desconócela con ceguedad en cuanto la sabe con certeza. Una carcajada siniestra responde á la revelación trágica. Así despide al adivino y le refiere á Jocasta cuanto le han dicho. Jocasta se burla de las adivinanzas con él, asegurándole cómo su hijo, su engendro, destinado á la inmolación de Layo y al incesto con ella, murió expuesto en recóndita montaña. ¿Quién creerá ya en el mundo los oráculos? Apolo debe callarse allá en su templo de la orgullosa Delfos, y la terrible Pitonisa descender de la trípode sagrada, porque no la consultarán, después de tal engaño, en lo sucesivo, y no interpretarán sus palabras, faltas de significación por este palmario desacierto. Mientras los dos esposos departen así en confianza y en alegría sobre la vanidad y sutileza de los oráculos, llega desde Corinto un emisario con importantes nuevas. En seguida Edipo lo recibe y le pregunta qué trae. La noticia nefasta de la muerte de su padre Polibio y la declaración de que había sido él un hijo adventicio, encontrado expuesto en sitio apartado de un monte altísimo. Al saber esto Jocasta, que se había reído tanto del adivino y de su anuncio, ve toda la verdad y corre hacia su estancia para ocultarse á quien resulta, por fin, en cumplimiento de los hados, hijo y esposo suyo. El infeliz, aunque advierte la turbación de Jocasta y el gesto con que ha dejado su presencia, lo atribuye todo al horror causado en su orgullo regio al saberse casada con un mísero expósito. Edipo, en su ignorancia, se cree todavía inocente y se burla de los dioses á más y mejor, después de sabida la muerte natural del padre á quien había conocido y la generación suya por desconocidos, que le da perfecto motivo para creerse feliz engendro de la próspera fortuna. El coro mismo, el pueblo, propicio á un rey que lo ha libertado en otro tiempo de la esfinge y que ahora lo libertará de la peste, se pregunta si por acaso resultará hijo de una ninfa semidiosa ó de un dios aficionado á la umbría misteriosísima de los pinos y al melodioso cantar de las campiñas. Pero poco á poco todas estas interrogaciones van abriendo la memoria del infeliz al recuerdo viejo de que un día mató á temerario anciano en desfiladero de la Focia, y liga esto con la nueva anunciada por Corinto de que lo descolgaron niño de una encina donde lo habían colgado con correas en la garganta del Citerón Entre tantas perplejidades quiere de nuevo consultar á Jocastra, y Jocastra en su vergüenza y en su dolor acaba de ahorcarse, y la encuentra muerta y suspendida del techo de la nupcial cámara donde se ha cometido el incesto. Entonces Edipo coge las áureas agujas en forma de corchetes con que Jocasta suspendía de sus hombros el regio manto, y se saca los dos ojos. Nada tan trágico y terrible como la figura del criminal inocente que ha puesto empeño sobrehumano en vencer al destino y ha resultado vencido por la fatalidad reinante sobre todo el universo y contra la cual una gran parte de nuestra íntima libertad propia se rompe y estrella. Así, cuando vemos á este bienhechor de su pueblo que ha libertado una comarca entera de plagas horribles con sólo descifrar un enigma, después de haber vencido á la muerte, desgraciado, ciego, errante, hijo parricida, marido incestuoso, padre infeliz, transmitiendo á sus hijos el vínculo perpetuo de un deshonor eterno y la herencia inextinguible de una fatalidad verdaderamente adversa, nos parece ver la condensación de las lágrimas que se han vertido en todos los dolores y de la sangre que se ha derramado en todas los crímenes á causa de la irremisible contingencia que acompaña eternamente á nuestra especie.

II

Y puesto que hablamos por fuerza de irremediables desgracias, hablemos de la imperante hoy sobre las familias papales romanas Lo muy longevos que han sido estos Papas reinantes en la segunda mitad del siglo, lo muy contraria que resulta la ruina del poder temporal pontificio á sus antiguos dignatarios y cortesanos, lo muy nivelador de las leyes liberales de desvinculación y desamortización, todo cuanto sucediera en los últimos lustros ha destruído ese patriciado, que tenía palacios como los regios de nuestra Europa, bosques y jardines tan extensos como los últimamente plantados y arreglados por las primeras capitales, galerías de cuadros y estatuas tan ricas en artísticos objetos como los Museos capitales del mundo. Así el príncipe Borghese ha tenido que vender al barón Rothschild su retrato maravillosísimo de César Borgia pintado por el divino Rafael. Con esta ocasión y motivo hase disertado mucho acerca de la controvertible autenticidad del retrato y mucho más aún acerca de si lo pintó Rafael ó no. Yo digo que si no es el retratado César Borgia, debe serlo, según se parece al monstruo que nos ha legado la tradición; y si el retratista no es Rafael, debe serlo por el mérito sobrehumano de tan excelsa pintura. Con esta ocasión y motivo casi todos los escritores hanse parado á contemplar el prototipo retratado por el altísimo maestro. Parémonos ¡ah! nosotros también y contemplemos á César Borgia. No me parecen baladíes la enseñanza desprendida del conjunto de sus desgracias y el conocimiento que se aquista, contemplándolo, de su extraña época. César, dominando en todo á su padre Alejandro VI, juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero exigido es que lo redima el padre de su carácter sagrado y que lo arranque su capelo, con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y hetarias, con una turba de conspiradores á un lado y á otro lado otra turba de esbirros y de asesinos; pasando desde las guerras á las orgías, desde las orgías á los asesinatos; especie de demonio nacido con toda la hermosura física y

toda la fealdad moral que debió tener el ángel caído en la hora misma de su rebelión y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento sólo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar y en hacerse con una mujer cualquiera, en cuya dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, César Borgia recogió de Francia un ducado, comienzo á mayores empresas y á mayores medras. Llamóse duque de Valentinois, y como tal, prestó su homenaje al rey francés. Aún recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia en cantidades fabulosas todos los beneficios vacantes. Presentóse César el día de su partida como una aparición fantástica de caballeresca novela: sobre la espaciosa frente, gorra cubierta de vistosísimas plumas prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo, traje de damasco blanco relumbrante de pasamanerías y de bordados; á la espalda, la capilla francesa de damasco negro; al cuello, deslumbrador collar de fabulosa riqueza; y en torno, un cortejo como jamás lo tuvieran los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que piafaban de orgullo y relucían deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de oro y sus herraduras de plata. Y había para qué. Este bastardo de obscura mujer romana, este hijo sacrílego de epicúreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladrón con corazón ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa real de Francia y tuvo por mujer á toda una hermana del rey de Navarra. Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con regias familias de Europa, ningún obstáculo se podía oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningún freno á sus apetitos, ningún valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa. Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo sólo en él podía compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos vayan á París ahora deben pedir que les muestren aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábiga que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada más griego que su perfil olímpico, nada más pérfidamente engañador que su sonrisa tranquila, nada más vasto que su frente espaciosa, nada más gallardo que su apostura caballeresca, nada más elegante que su traje, ni nada más terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seducción, todo lo que puede encantar al sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar y dominar con esa especie de fluido, al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta, como si quisiese someterle por la seducción á todas las mujeres y por la fuerza y la energía á todos los hombres. Abríanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increíble. Pocos han conocido menos la virtud ni han acertado más á fingirla. Actor de primer orden, la máscara más espesa se sobreponía con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan cualquiera ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caídas súbitas del milano sobre el pajarillo, desplomándose de los abismos cerúleos en la espalda de su presa para cogerla y llevársela ensangrentada, con la rapidez del relámpago, á la vaguedad del aire. La bondad y la crueldad le eran igualmente congénitas y las ejercía indiferente una y otra, según las necesitaba. Nadie más avaro en adquirir ni más pródigo en dar. Todos los caminos le aparecían iguales, con tal que condujesen á su meta. El mismo desprecio tenía por las personas que por las cosas; y como rompía una joya ¡oh! asesinaba á un hombre. Tuvo todas las grandezas; la religión, el arte, la ciencia, el poder, la poesía, la política le iluminaban con sus resplandores y no supieron hacerlo grande, porque le faltó la única grandeza que granjea la verdadera inmortalidad, la grandeza moral. Los hábiles del mundo, los políticos de la razón de Estado, los adoradores de la victoria le llaman grande y digno de estudio y de envidia por haber sabido prescindir de la conciencia y haber encadenado la fortuna, mientras llaman pequeños y misérrimos y despreciables á hombres como Savonarola ó como San Francisco que sólo han sabido amar, padecer y morir. Pero en torno de César Borgia y de su nombre, las furias de la historia, coronadas de serpientes que silban y que derraman veneno de sus fauces entreabiertas, arrojan toda suerte de maldiciones, las cuales se dilatan de siglo en siglo y extienden el frío del odio de generación en generación, mientras en torno de San Francisco de Asís, en torno de Savonarola, como en torno de todos cuantos han sabido padecer y amar, los monasterios se levantan, las leyendas se cuajan, los peregrinos se congregan, los artistas se inspiran, los ideales se dilatan y las esperanzas vuelan; porque sus ideas y sus recuerdos son como rayos de luz y de calor espiritual que todo lo vivifican y engrandecen. Aquel genio brilla, pero como brillan los cometas. Ha conquistado á Sinigaglia; ha rendido á Faenza; ha dominado á Bolonia; ha combatido á Florencia; ha puesto sus plantas sobre la cerviz de Roma; ha enviado sus condotieros á los cuatro puntos del horizonte como los lebreles para que le cacen castillos, condados, reinos; ha sometido los barones feudales; ha mandado ejércitos; y sin embargo, todas estas grandezas pasaron como el humo de sus orgías, como el eco de sus bailes, como las carcajadas de sus placeres, á causa de tener por objeto único el propio engrandecimiento y la propia medra; que sólo resultan grandes y duraderos los servicios prestados á nuestros semejantes, á los pueblos, á la humanidad; y aquel que únicamente se cura de sí propio, se achica de seguro á los ojos de la posteridad y se suicida moralmente en la historia.

MI MODELO, cuadro de Andrés Petroni

III

Un bajo relieve muy hermoso ha colocado en sus palacios el Parlamento francés, la escena de los Estados Generales, en que Mirabeau, por una sugestión del genio nativo suyo, fundó el régimen parlamentario moderno, convirtiendo las monarquías absolutas en constitucionales y proclamando el gobierno de las naciones por sí mismas. Esta idea de una entidad superior y personal, con inteligencia y voluntad propias, llamada nacionalidad, que reemplazaba la idea imperial romana del soberano antiguo, surgió, cual nuestro Decálogo entre las zarzas encendidas del Oreb, en una centellante y sublime tempestad. Recorriendo las galerías de la Exposición Universal última encontrábase con gusto en aquella donde campeaban las esculturas un hermoso grupo. cuyas dos principales figuras eran el marqués de Brezé apremiando á los Estados Generales para que se disolviesen, y el tribuno de la revolución, Mirabeau. respondiendo á nombre de los diputados allí presentes que los había reunido la voluntad nacional y la voluntad nacional tan sólo podía separarlos ó disolverlos. como en lenguaje parlamentario ahora se dice. A la verdad el escultor ha con sumo arte agrupado las figuras y puesto ademanes expresivos en escena un poco violenta, y por lo mismo, de difícil desempeño para el arte que pide serenidad con armonía en los personajes y en los asuntos. Con tal ocasión hase disertado mucho acerca de las palabras dichas por Mirabeau en tan gloriosa y crítica ocasión. Como no había taquígrafos, imposible cosa fijar con exactitud el fulminante período, dificilísima. Unos dicen que si dijo á Brezé: «Marchaos y decid á vuestro amo nuestra respuesta;» y otros dicen que si Mirabeau le hubiera dicho que tenía un amo al noble francés, lo hubiera éste desafiado. De todas suertes, la escena tuvo una importancia tal, que todavía dura en la historia contemporánea El rey quería dar en aquella ocasión una carta otorgada. Mirabeau comprendió que si al rey se le dejaba la facultad exclusiva de hacer bien, el rey aparecía como el patriarca antiguo, como el padre de la familia francesa, como la Providencia divina, como el dispensador de la justicia y de la gracia, volviendo la nación á su minoridad y la asamblea del pueblo á su antiguo carácter de cortesana en los palacios. Así, con aquella rápida inspiración propia del orador, con aquel don de la oportunidad propio del estadista, en la fórmula breve, correspondiente al minuto supremo y crítico, declaró que lo dicho por el rey podía ser la salud de la patria si no fueran siempre dañosos los presentes del despotismo. El lujo de la monarquía, el aparato de las armas, la violación del templo nacional, el mandatario de todos erigido en providencia para todos, el que debía recibir leyes dándolas, el que debía oir los debates pervirtiéndolos, todas estas consideraciones surgían á su mente y le hablaban con tal fuerza que le imponían una frase, la cual brotaba por sí misma de sus labios como si fuera la palabra suprema del espíritu humano, á saber: la invocación á la propia dignidad para que, guardando todo el culto debido á la santidad del juramento, decidieran no separarse hasta haber dado á Francia una constitución. En esto el maestro de ceremonias le interrumpe en nombre del rey. ¡Momento supremo! La monarquía ha dejado el salón después de sus vanas orientales ceremonias, conjuros de lo pasado, y lo ha henchido la palabra de Mirabeau, cargada con el espíritu moderno. A esta tempestad donde fulguran tantas ideas, en cuyas ráfagas la conciencia humana se fecunda, opone la corte, no otra palabra, no el arma de sus ejércitos, la vara mágica de su maestro de ceremonias. Imagínaos al marqués de Brezé con sus zapatos de raso blanco, sus medias de seda, su justillo recamado de oro, su capeta de terciopelo al hombro forrada de marta cebollina, sus collares y cruces al cuello, su gorra con un bosque de plumas en la cabeza, y en la mano vara de marfil con que dirige las bizantinas ceremonias, frente á frente de aquel coloso, de aquel monstruo, de aquel atleta, de aquel Mirabeau, vestido de negro como un misterio, en la fuerza de su genio, en la creación de sus discursos, poseído de sus inspiraciones, la cabellera agitada por los estremecimientos de la idea en el cerebro y del cerebro en el cráneo, los ojos centelleando esos relámpagos del sentimiento humano tan sublimes como los relámpagos del alto Sinaí, las manos crispadas por la emoción y la frente fruncida por el trabajo creador de numerosas producciones, y decidme si de aquellos dos mundos en presencia no representaba el uno la vana liturgia de lo pasado y el otro la vívida llama que renovó el mundo. Así no es maravilla que el marqués de Brezé hablase muy bajo y el presidente y los diputados no oyesen lo que hablaba. «¡Más alto, más alto!,» claman de todas partes. «Señores, habéis oído las órdenes del rey,» gritó entonces el cortesano. «Sí, las hemos oído. respondió Mirabeau; hemos oído los propósitos sugeridos al monarca; y vos, que no podéis ser su órgano en los Estados Generales, vos que no tenéis aquí asiento, lugar ni palabra, vos no debéis ser quien nos recuerde su discurso. Sin embargo, para evitar todo equívoco y todo aplazamiento, os declaro que si os han encargado de expulsarnos. deis orden para emplear la fuerza, porque reunidos por la voluntad de la nación, sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas.» A este rasgo sublime de elocuencia, que tenía la concisión la oportunidad, la fuerza requeridas por la situación, se junta el universal voto de los diputados con una fervorosísima aclamación llena de entusiasmo, en la cual iban como encerrados todos los derechos de los pueblos estallando frente á frente de todas las excepciones del privilegio. «¿Puedo llevar al rey esa respuesta?» preguntó el noble cortesano aterrado por aquella manifestación y deseoso de abandonar aquel sitio donde le faltaba la respiración. «Llevádsela en buen hora,» respondió el presidente. En efecto, su propio maestro de ceremonias le llevaba la sentencia de muerte al antiguo absolutismo.

Madrid, 25 de octubre de 1891

NARRACIONES

¡ALELUYA!

La Iglesia unía en matrimonio al promigénito de un título de Castilla con la única hija de un opulento banquero, y se celebraba misa de esponsales en una aristocrática capilla.

María de Avilés, acompañada de una prima suya, viuda y joven, llegó al templo momentos antes de principiar la ceremonia.

Hallando la nave atestada de convidados y curiosos, y no queriendo quedarse á la puerta ni llamar la atención atravesando el apiñado gentío, las dos primas abrieron una puerta que daba cerca del vestíbulo, subieron una escalera enfilaron un largo corredor, débilmente iluminado por un alto tragaluz, y se metieron en una tribuna situada á un lado del altar mayor.

A juzgar por el aire resuelto de las dos mujeres, aquellos parajes debían serles familiares.

Deslumbradas por la luz exterior no vieron de pronto dos personas que se hallaban en aquel discreto recinto. Cuando sus ojos se hubieron acomodado á la escasa claridad que penetraba por la celosía, percibieron en un ángulo de la tribuna una señora arrodillada y un caballero apoyado de codos en el antepecho.

Después de haber orado un momento de hinojos, la señorita de Avilés y su compañera ocuparon las dos únicas sillas que parecían vacantes

En seguida sentóse también el caballero, de manera que su silla quedó casi pegada á la de María.

Él y ella hicieron un movimiento de sorpresa. Acababan de reconocerse y daban señales manifiestas de encontrarse en una situación embarazosa.

Pocos meses antes habían sido los protagonistas de una historia de amores, muy comentada entre sus conocidos, y se veían ahora por primera vez, después de un ruidoso rompimiento.

Ambos eran jóvenes, tan ricos en bienes de fortuna como en dotes personales.

Hubo entre ellos palabra de casamiento: pero, con gran sorpresa de todo el mundo, el diablo echólo todo á rodar cuando ya se hacían los preparativos de boda.

Cada cual explicó á su modo el fracaso de aquel magnífico proyecto; porque el verdadero motivo no lo supo nadie más que los novios y una tercera en discordia.

Noble, altiva, algo romántica, de elevadas ideas y delicados pensamientos, devota sin fanatismo, aunque algo supersticiosa en materias del corazón, María de Avilés encerraba un alma hermosa en un cuerpo estatuario. Era la Venus de Milo – antes de romperse los brazos – con el espíritu de Minerva.

Juan de Leine, que así se llamaba el gallardo joven de la tribuna. hubiera podido pasar por descendiente en línea recta de su tocayo el seductor de Doña Inés, pues había empleado lo mejor de sus rentas y de sus años en continuar dignamente las aventuras del legendario burlador de Sevilla

Acostumbrado á ablandar corazones con el fuego de sus ojos y de su diabólica elocuencia, vió estrellada su voluntad en el vano empeño de dar por tales procedimientos amorosa vida á una estatua.

Renunciando, por fin, á toda idea de conquista, aspiró á ser hasta el pie del altar el Pigmalión de aquella nueva Galatea.

Y cuando el éxito iba á coronar su brillante empresa, la deidad, transformada en tierna amiga por un milagro de amor, volvió á convertirse en frío mármol por un prodigio de amor propio.

Don Juan quería recibir de mano del sacerdote una hermosa hija de Dios, sin renunciar á la posesión de una encantadora hija del diablo; y en el pecado llevó la penitencia, pues la dignidad de la virtud se sublevó en el alma de María contra aquella concesión otorgada al vicio.

Rápidamente repuesto de la turbación que le produjo su inesperado encuentro con la joven en la tribuna de la capilla, pensó que caía en ridículo siguiendo en aquella tímida actitud, propia de un colegial puesto en el primer apuro.

Recobró, pues, su habitual aplomo, y como si continuara una conversación interrumpida momentos antes, dijo en voz baja, casi al oído de María:

– En estas misas de boda, de todo se habla menos de religión; se discuten las cosas más profanas del mundo. El templo de Dios se convierte en un salón de pecadores, y sobre todo de pecadoras, donde circulan noticias en vez de oraciones. Diríase que por temor de que los desposados sean demasiado felices, nadie quiere rogar á Dios por ellos.

En otras circunstancias, María hubiera soltado seguramente la risa, al oir á aquel diablo convertido en predicador; pero en su actual disposición de ánimo, conservó la gravedad de que se había revestido.

Viendo que sus consideraciones no alteraban la correcta inmovilidad de la señorita de Avilés, y temiendo la humillación de una retirada bochornosa, Juan pasó audazmente de la observación á la pregunta:

– ¿No es verdad que, observada desde aquí, la nave de este templo parece hoy un teatro en día de gran turno?

María hubiera preferido no contestar; pero conociendo la pertinacia de su antiguo novio, pensó abreviar aquella apurada situación doblegándose en vez de resistir.

– Semejante observación es muy propia de usted, contestóle secamente sin volverse. Sólo á un descreído se le ocurre comparar el santo sacramento del matrimonio con un espectáculo teatral.

– No dé usted una torcida interpretación á mis palabras. Comprendo que además de una ceremonia más ó menos espléndida, el matrimonio puede ser fuente de ventura.

Y añadió Leine después de una pausa:

– Al menos creo yo que lo hubiera sido para nosotros, si usted...

– ¿A qué abrir las heridas del pasado?, dijo María interrumpiéndole. Y abismó sus ojos en la lectura de un rico devocionario que llevaba en la mano.

– Es que sólo vivo del pasado, replicó el joven, y ya no gozo sino en el recuerdo de las heridas que recibió mi corazón.

– Pues yo soy tan desgraciada, que sólo vivo de lo futuro y únicamente confío en Dios.

Y la hermosa joven murmuró leyendo:

«Salva á tu alma, que fué creada para gozar de una dicha infinita. Ama á Dios y desprecia los bienes pasajeros, que engendran vicios y dolores.»

En aquel momento, el sacerdote cuya voz potente resonaba en la bóveda ojival de la capilla, dejó oir claramente estas palabras:

Beati omnes qui timent Dominum: qui ambulant in viis ejus.

– Escuche usted la voz del ministro del Señor, dijo María á su ex prometido que se inclinaba como para hablarle de nuevo.

– Me impresiona más la lectura de estas eternas verdades en ese libro, replicó él, y leyó señalando el salmo con el índice del devocionario:

«Bienaventurados los que viven en el santo temor de Dios y no se apartan de la senda por Él trazada.»

– ¿Esta usted seguro de haberla seguido alguna vez?

– ¿Cree usted que no comprendo la sublime poesía de la Iglesia?

Lectio Epistolæ beati Pauli Apostoli ad Ephesios, dijo el sacerdote en el altar.

– ¿Quién negará que la misa de boda es el cántico de los cánticos?, observó Leine.

Y señaló este versículo en el libro de rezo:

«Tu mujer será como abundante vid en el sagrado de tu hogar. Vuestros hijos serán en torno vuestro como un plantel de olivos. ¡Aleluya!»

– ¡Ay! ¡No todos pueden cantar *Aleluya!*

Mulieres viriis suis subditæ sint, sicut Domino... continuaba leyendo el cura.

Y Juan traducía:



RETRATO DE JUAN MONFORT, obra de Van Dyck. (Existente en la Galería de los Uffizi de Florencia.)

«Que las mujeres estén sumisas á sus maridos como al Señor, porque el marido es el jefe de la familia, como Jesucristo el cabeza de la Iglesia.»

– La Iglesia es una, observó María, y usted falta á sus preceptos queriendo más de una mujer.

– Cuando amaba yo á varias, me hallaba fuera de la Iglesia.

– ¿Y ha entrado usted ya en su seno?

– Sí, porque comprendo lo que dice ahora el ministro de Dios:

«El que ama á su mujer se ama á sí propio...»

«*Quia membra sumus corporis ejus, de carne eius et de ossibus ejus...*»

– Eso ya lo dijo Dios á Adán al presentarle á la primera mujer: «Es carne de tu carne y huesos de tus huesos.» Lo cual no impidió que Eva le faltase á la primera ocasión.

– ¡Oh! Para usted siempre es la mujer la que falta. Escuche usted la continuación de la Epístola:

«Por esto el hombre abandona á su padre y á su madre para unirse con su mujer.»

– Y yo, comentó Juan, abandonaría familia, fortuna y patria para ir á vivir con una mujer en el desierto; porque entonces me llevaría el paraíso en el corazón.

– Son muy propias de usted esas estudiadas frases de efecto.

«*Benedicat vobis Dominus ex Sion, qui fecit cœlum et terram. Aleluya...*» dijo el sacerdote, y el auditorio se puso de pie para escuchar el Evangelio.

«*In illo tempore: Accesserunt ad Jesum Pharisæi...*»

Juan siguió leyendo en el devocionario por encima del hombro de María:

«...Los fariseos se acercaron á Jesús para probarlo; y le dijeron: ¿Es lícito al esposo abandonar á su consorte? Y les contestó: ¿No habéis leído que el Creador del hombre, en un principio, formólos varón y mujer para que fuesen dos en una sola carne?... Que el hombre no separe lo que ha unido Dios...»

– Tampoco hizo usted caso de las palabras del Evangelio, pues separó lo que Dios había unido.

– El es testigo de que, desde que la perdí á usted, la he buscado sin cesar.

– Por el camino que usted seguía, no era fácil que me encontrara.

– En vano traté de orientarme en el piélago de ideas y pasiones que agitaban mi vida.

Terminado el Evangelio, los fieles se habían sentado otra vez. Ambos jóvenes permanecieron un rato abismados en profundas reflexiones. Luego siguió el rezo del ministro del altar:

«*Deus, qui potestate virtutis tuæ de nihilo cuncta fecisti...*»

María elevó al Señor una ferviente plegaria para que iluminase el espíritu de aquel pecador cuya salvación le interesaba casi tanto como la propia.

«*...Deus, qui tam excellenti mysterio conjugalem copulam consecrasti...*»

Y el escéptico que de todo se había burlado hasta entonces, se sintió dominado por la majestad del sacramento del matrimonio. Siguió con tiernos ojos la mística mirada de María, y los fijó en estas palabras del devocionario, que traducían las del sacerdote:

«Haced que el yugo del esposo sea un yugo de amor y de paz. Haced que, pura, se case la esposa en Jesús. Que sea amable con su marido, como Raquel; prudente como Rebeca; longeva y fiel como Sara... Que unida á su consorte, no manche el tálamo nupcial con ningún amor ilegítimo... Que ambos esposos vean á los hijos de sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación.»

– ¿Empieza usted á comprender, le dijo María, las sacrosantas doctrinas de la Iglesia?

– No sé; pero se me figura que hoy recobro la perdida luz y la fuerza de obrar bien. ¡Oh! ¡Cuántas veces he tomado el fuego de las pasiones por la luz de amor ideal que atraía mi alma hacia lo ignoto! Mis ilusiones han naufragado una tras otra en el mar de los desengaños. Pero zozobras y reveses, naufragios y amarguras, todo lo bendigo si me conduce al fin á la tierra soñada. He buscado con ansia loca esa mujer de que hablan las Sagradas Escrituras; pero en vez de encontrar doncellas virginales, nacidas para ser esposas fieles y madres resignadas, la fatalidad ha puesto en mi camino hijas rebeldes, esposas adúlteras, mujeres infecundas ó madres fallidas, locas criaturas que pasan por el mal para llegar al bien ó para morir impenitentes. Desorientado y aturdido, pasé yo por el lado de la felicidad sin conocerla. Como mariposa á quien sólo atraen las flores de vistosas galas, desprecié la humilde violeta, que guarda suaves perfumes para el alma y balsámica esencia para el pecho. Dios se ha dignado nuevamente enderezar mis pasos por el buen camino, y reconozco al fin en usted la mujer nacida para la virtud, para el matrimonio, para la familia; la compañera ideal que tanto tiempo he buscado. Sea usted tan piadosa como bella. Perdóneme, ya que estamos en el templo de un Dios de misericordia. Déjeme esperar que aún será otra vez unido lo que en mal hora fué separado.

Las almas más altivas se humillan ante el altar; y es que en la iglesia comprenden cuán grande es Dios y cuán pequeñas son las cosas de este mundo.

En un salón, María hubiera sin duda mirado á Juan desde lo alto de su desdén; pero allí, en el templo, tan cerca de una amiga á quien el acto imponente del matrimonio rodeaba de una santa aureola, sintió derretirse el hielo de su orgullo. Su mirada se encontró con la mirada del joven, y viendo reflejarse en sus ojos la sinceridad de sus palabras y la rectitud de sus propósitos, le contestó con toda la sencillez que puede brotar de unos labios ingenuos:

– Hace tiempo que mi madre espera la vuelta del hijo pródigo.

– Digna madre de un ángel como usted. Vamos á suplicarle que fije el día de nuestra boda. Ha llegado nuestro turno de cantar *¡Aleluya!*

JUAN B. ENSEÑAT

SECCIÓN AMERICANA

EL BEATERIO DE HUANUCO

(Conclusión)

Miguel se durmió seguidamente, y me disponía á imitarle cuando sentí un grito que lanzaba D. José, á tiempo que saltaba de la cama.

– ¿Qué es eso?, dije revolviéndome asustada y casi dando vuelta á la *cama*.

– Que aquí hay algo.

Como me habían dicho que los bichos andaban por allí á la orden del día, me figuré que alguna serpiente ó algún oso..., qué sé yo lo que pudo ocurrírseme. Pero ¡quiá!

D. José encendió un fósforo y vimos correr por acá y por acullá una manada de *cuyes* (conejitos de Indias), chillando como diablejos y ocultándose de la luz.

Los *cholos* seguían cantando y bailando, que se las pelaban; puse cuidado si cantaba la *chola;* hasta mi oído no llegó su voz, si es que volvió á cantar.

La luna entraba por un montante de cristales iluminando la pieza en donde estábamos; era ésta grande, más bien larga que cuadrada, y tenía todo el corte de un comedor de mesón español.

Sería la una de la madrugada cuando se abrió la puerta que daba al corral, y entraron tres ó cuatro personas que con mucho sigilo pasaron por delante de mi cama, metiéndose en un cuarto cuya entrada quedaba á mi cabecera.

Al poco rato entraron otros, luego otros, conté hasta veintisiete entre hombres y mujeres. Todos debían dormir revueltos aquella noche; la principal habitación la teníamos nosotros y no podían extenderse más.

La última que entró fué la *cholita* cantora; Miguel dormía y la luna daba de lleno en su rostro, que la muchacha había de ver forzosamente al pasar por su lado. Tenía el joven Gallo el vicio de quejarse dormido, y precisamente en el instante que la *chola* se acercaba lanzó un lastimero quejido; ella se paró sorprendida. Dormía yo como duermo en este momento, pero no dije una palabra; quise observar sin espantar á la joven.

Escuchó; pronunció unas palabras en *quichua*, bajito, muy bajito, y se inclinó para darle un beso, al mismo tiempo que decía más alto y con acento tristísimo: «*¡ayguadá!*»

Ayguadá quiere decir adiós al amado, afán de volver á verle, pena por dejarle, mil y mil cosas que nosotros decimos con muchísimas palabras y los quichuas expresan con estas siete letras.

¿Besó la chola á Miguel? No lo sé; ella se inclinó sobre su rostro y él dió media vuelta para el otro lado.

Desapareció la *cholita* tras aquella puerta que tanta gente tragaba y no he vuelto á verla; quizás allí, en los brazos repulsivos de un *cholo*, amante ó marido, soñó con los del caballero rubio que había bailado con ella.

***

Nos levantamos al rayar el alba, y después de hacer nuestras abluciones en el río (no había mejor jofaina) y de peinarnos convenientemente, montamos de nuevo, y á las cuatro de la tarde hacíamos nuestra entrada en Huanuco, sorprendiendo á los que no nos aguardaban hasta el día siguiente.

De las preciosas quintas del camino habían ido saliendo apuestos jinetes que nos acompañaron hasta la ciudad, y desde aquel momento hasta catorce días después que regresábamos al cerro de Pasco ya no pudimos descansar ni dos horas seguidas.

Huanuco es una población encantadora; el plano, bellísimo y muy extendido á causa de las huertas de limoneros y naranjales que rodean las casas.

Su clima es cálido y sus frutas exquisitas, desde las más sabrosas, europeas, hasta las perfumadas de los trópicos. Las haciendas de caña y café encuéntranse diseminadas por las afueras, y en ellas viven sus dueños, ocupando palacios los más de ellos, con todas las comodidades que pudiera tener un sibarita.

¡Qué días más agradables!

¿Quién ha dicho que se vive con los recuerdos?

¡Teníamos que multiplicarnos; imposible dar gusto á todo el mundo; nos disputaban, nos volvían locos en fuerza de agasajarnos!

¡Y qué hermosas mujeres había en Huanuco! Mis compañeros de viaje me hicieron algunas confidencias que probaban lo que digo.

A pesar del mareo que yo traía con fiestas, banquetes, correteos á caballo y demás, quise ver el Beaterio; me había hecho invitar la superiora y no podía dejar de cumplimentar la invitación.

Fuí una mañana con otras dos amigas, prometiendo salir al poco tiempo; los caballeros no podían entrar, nos aguardarían fuera; pero eran las cinco de la tarde cuando salimos de aquella mansión de reposo, en donde pasé horas deliciosas.

Sesenta y dos años hacía que allí estaba encerrada la superiora y contaba sesenta y cuatro de edad; era una mujer pequeña, gruesa, de fisonomía franca y expresiva: en el mundo hubiera pasado por señora de carácter alegre; allí me pareció el mejor anzuelo para la clausura: ¿quién, tratándola, podía tener miedo á la celda?

Había en el Beaterio, como pensionista, una señora de las que nosotros llamamos de piso; era rica, vivía con lujo, sostenía pleitos en el mundo, contaba en su historia algunas amorosas, salía á la calle cuando se le antojaba y tenía un perrito de lanas, Aromito, al que enseñaba mil monerías para matar sus ratos de ocio que debían ser muchos.

Esta señora gastaba miriñaque el año 1881: me parece que ya está hecho con esto su retrato.

Ni la señora pensionista ni las monjas nos dejaron salir á la hora de comer: fué necesario acompañarlas todo el día, oir cantar á las niñas, probar los dulces especiales que cada una hacía, para que comprásemos muchos, muchísimos (contribución indirecta); pasear por la puerta, refrescar á la sombra de los naranjos, comer del sabroso fruto... en fin, que me seducía el programa. ¡Pasar un día dentro de un convento! Aquel era mi sueño dorado.

No me parecía suficiente, sin embargo: yo hubiera querido que cada monja me contase su historia, que me refiriese hasta el último secreto de su pecho... y nada, allí todo el mundo revelaba una felicidad insultante, una alegría franca, una expansión envidiable; nadie se enojaba: las unas mandaban y las otras obedecían sin replicar, reían, subían á los árboles para coger la fruta, se sentaban como yo sobre la hierba y no se acordaban de rezar entretanto nosotras estábamos presentes.

Reían á carcajadas con los recados que enviaban los caballeros para que saliésemos, y contestaban con agudezas á las súplicas de que les dejasen entrar.

¡Y qué café tan exquisito nos hizo saborear la señora del miriñaque!

Era de sus huertas, y el café de las huertas de Huanuco tiene merecida fama entre los aficionados peruanos.

Cuando más alegres, contentas y gritonas saltábamos por el huerto de los naranjos, divisé en una reja alta una joven religiosa, pálida, demacrada: parecía un espectro.

– Madre, ¿qué tiene aquella hermanita?, pregunté con mucho interés.

La superiora levantó la cabeza y dirigió una mirada durísima á la ventana.

– Nada, me dijo; está enferma... y como no debía asomarse á la ventana...

– Mentir es pecado, madre, y usted me está engañando.

– No, no, respondió sonriendo dulcemente.

– Sí, sí. Vamos á ver: ¿por qué está castigada aquella monja?

– ¿Pues quién le ha dicho á usted que está castigada?

– ¡Hola! ¿Conque he adivinado?

– Sí, está castigada.

– ¿Cuánto tiempo hace?

– Un año... Está demente.

– ¡Jesús! ¡Un año! ¿Pues qué ha hecho?

–Niña, niña, la curiosidad también es pecado.

–Madre, yo quiero saberlo, necesito saberlo, no podría descansar si no lo supiera.

–Pues está castigada por haberse escapado.

–¿Con quién?

–Sola.

–¿Y dónde la encontraron?

–En el camino del Cerro de Pasco, á pie...

–¡Pobre mujer! ¿Y para dónde iba?

–No quiso decirlo ni ha podido sacársele una palabra.

–Madre, yo necesito hablarle á solas.

–¡Imposible! Está prohibido.

–Para mí no.

–Para todo el mundo.

La madre negando y yo insistiendo me salí con la mía, después de haber prometido cincuenta duros para la fiesta de San José, que aquel año se hizo por mi cuenta.

Subí á la celda en donde estaba encerrada la monja, y como el trato era que yo le había de hablar á solas, salió la superiora, que me acompañaba, después de haberle dicho algunas frases en quichua.

El cuadro que se presentó á mi vista fué tristísimo. Era una celda casi cuadrada, de paredes sucias, en las cuales apenas se conocía la tosca brocha del albañil, y la única cosa agradable que tenía era la ventana de fuertes barrotes, por la cual entraban la luz y el sol á torrentes, mezclados con el penetrante aroma de los azahares.

Al quedarse sola conmigo elevó al cielo los ojos y cayó de rodillas, balbuciendo frases en idioma indio.

Procuré levantarla y vi con espanto que tenía grillos.

–¿Para qué? ¡Dios mío!, me pregunté. ¡Si esta infeliz ni tiene fuerzas ni puede escapar por ningún sitio!

La obligué á sentarse en la paja que se veía extendida sobre un tablado de pino, y también yo me senté á su lado.

–Cuénteme usted, hermanita, cuénteme usted sus penas, le dije. ¿Por qué huyó usted de esta casa? ¿Adónde iba usted?

La desgraciada dudaba de mí; era la primera persona que la visitaba, y creyó que me habían enviado para arrancarle una confesión que se negaba á hacer. Cuando se convenció de mis intenciones, cuando le dije quién era y por qué estaba en Huanuco, me echó los brazos al cuello diciendo:

–¡Ah! ¡Usted viene de Lima! Usted le conocerá.

–¿A quién?

–A él; luego diré su nombre; ahora no, luego, luego: primero sepa usted mis desgracias Me llamo Domitila, aquí soy sor Angelina, pero yo no voy á referir nada de aquí; estoy en el mundo. en el mundo, sí, señora, porque usted me trae los ecos del mundo... el mundo... el mundo, decía como si desvariase... Pues yo me eduqué en esta casa, mi madre me puso aquí para que recibiese educación religiosa; tenía miedo á la sociedad, tenía miedo á los hombres; mi madre era una *chola* rica con ribetes de señora y quería que yo saliese una señorita, para que no me casase con ninguno de su clase. Tenía diez y ocho años cuando salí del convento; en mi casa se celebró con una gran fiesta el acontecimiento; hubo muchos convidados, muchos caballeros que hicieron á mi madre la honra de asistir... muchos.. no... no había más que uno, yo no vi más... ¡Qué hermoso era!... Usted debe conocerlo. Después de la comida el baile, el canto; yo sabía algunas *Tristes* que me habían enseñado aquí, y tocaba un poco el piano; él me dijo que mi voz y mi dulzura le habían vuelto loco. Bailamos juntos toda la noche. Yo no había visto hombres jamás... á mis hermanitos, á mis tíos, á mis primos; pero ninguno era como aquél. Me sentía mareada: olía á rosas, á jazmines, á piña, á naranjas, á todo; no pude saber á qué me olía, pero me marcaba, me mareaba, y dos ó tres veces estuve á punto de caer; él me sostenía, me sostenía en sus brazos y yo sentía un placer tan grande que me apoyaba como si me apoyase en mi madre ó en la Virgen. Yo no sabía bailar; aquí bailábamos solamente *cachuas* por broma, pero tenía buen oído para la música y lo seguía sin perder el compás: él decía que yo lo hacía muy bien. Era forastero, limeño, estaba aquí de paso; le pregunté cómo se llamaba, no me habían dicho sino el apellido cuando me lo habían presentado... el Dr... ¡casi lo digo! y no quiero, es pronto Sus amigos le obligaron á cantar, y cantó; cantó, señora. Jamás había oído yo voz semejante ni aquellas canciones: todo era de amores, de amores. ¡Qué feas me parecían las plegarias que había yo cantado en el convento! También cantó en otro idioma: «Stella de nostro amor,» decía, no se me ha olvidado, no se me olvidará. Tengo aquí la voz (señalando á los oídos) y aquí la música, y aquí su retrato, golpeándose la frente.



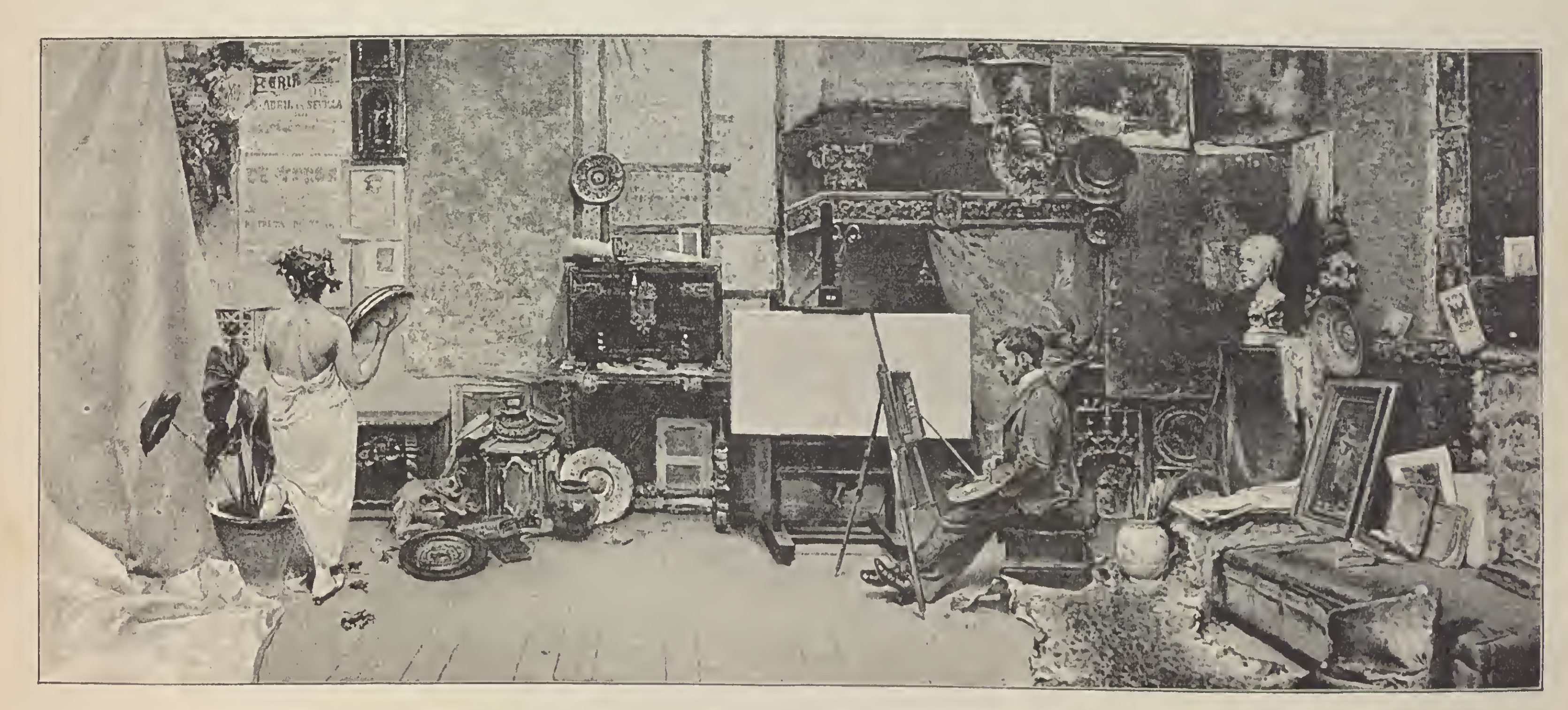
EN EL CORRAL, cuadro de D. José Arpa

–Cálmese usted.

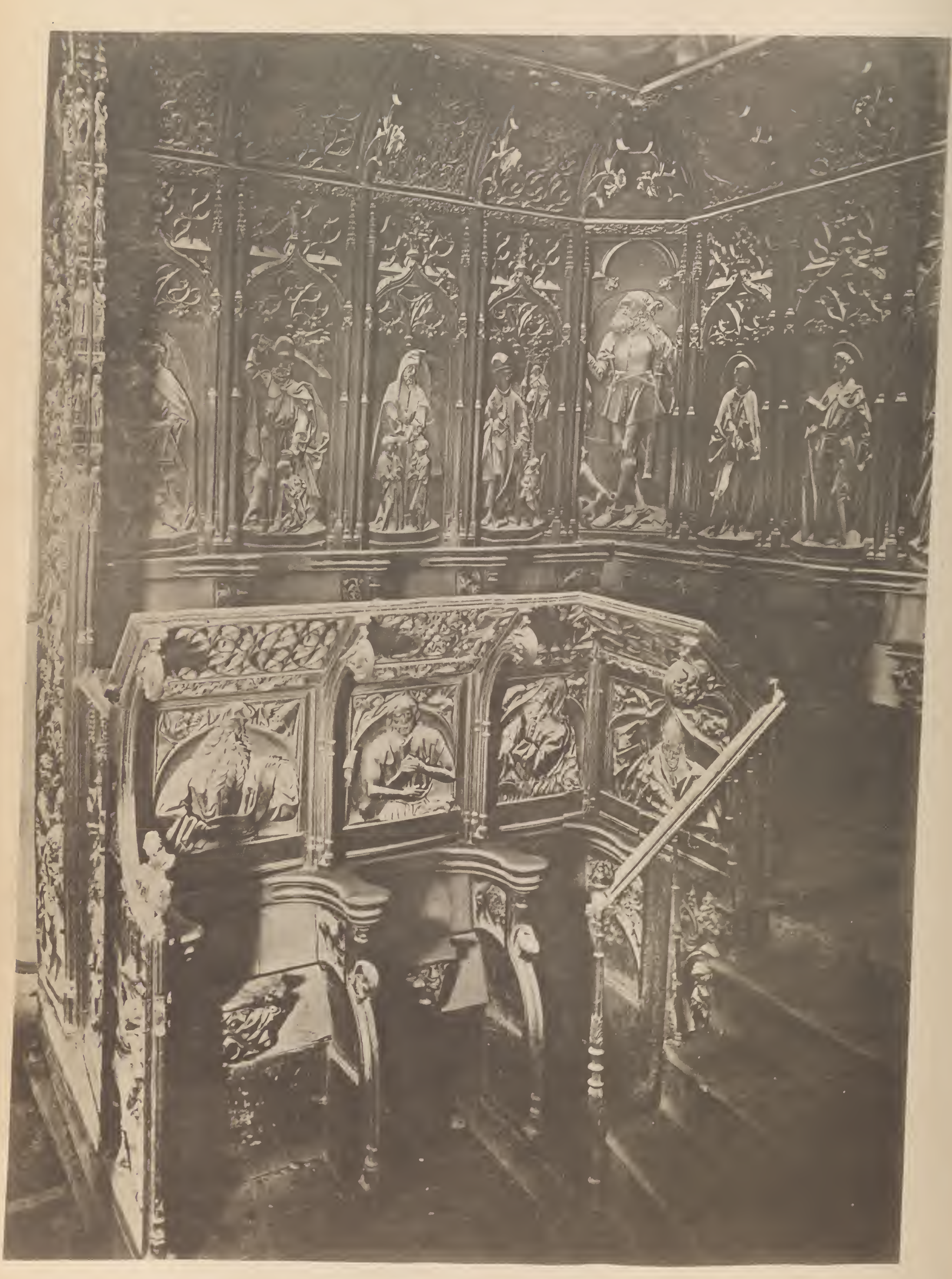
–Si no me hace daño; me parece que revivo: poder hablar de esto, poder contarlo, creer que usted se lo dirá, porque se lo dirá usted en cuanto llegue á Lima, ¿verdad?

–Sí, se lo diré todo.

–Bueno; pues acabaré. Habíamos bebido mucho y hablado sin cesar y bailado y... yo estaba sofocadísima y me saltaba el corazón. Después que hubo cantado quedé mirándolo extasiada, no sabía lo que pasaba por mí, pero pasaba algo muy grave; me habían dicho que había que temer á los hombres, y yo le temía; lo miraba con ganas de besarlo, de abrazarlo, de acariciarlo mucho... y no me daba miedo. ¡Si me parecía cosa propia! ¡Si creía que había vivido siempre á su lado! Me sacó al patio y me hizo sentar en la hamaca; se sentó á mi lado, rodeó mi cintura con su brazo y me estrechó muy fuerte; yo también lo estreché; era lo que deseaba; él había adivinado sin duda mis deseos. Me dió muchos besos, que yo le devolvía como si besase á un niño Jesús... ¡Qué palabras tan bonitas me decía!; como se las decíamos nosotros á la Virgen. Me rogó que le dejase entrar en mi cuarto; precisamente comunicaba con un huerto



INTERIOR DE MI ESTUDIO, cuadro de D. José Arpa. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín, 1891.)



CATEDRAL DE LEÓN.–SILLERÍA DEL CORO



LA NOCHE, escultura de Miguel Angel. (Existente en la capilla de los Médicis, en Florencia.)

de limoneros; era una celda preciosa adornada por mi madre con tanto gusto... Me dijo que en el patio entraba y salía la gente, que no podía decirme todo lo que deseaba, que le dejase verme cuando se marchasen todos, que me retirase pronto para que se deshiciese el baile, que él saltaría la tapia... Accedí á todo y lo hice como me había rogado, pero se lo comuniqué á una criada destinada por mi madre para servicio mío.

– Eso es pecado, niña, me dijo.

– ¿Pecado?, no lo creas.

– Sí, un pecado, muy pecado y muy grande.

– Bien; pues mañana iré á confesar y ya está listo. Se hizo todo como él deseaba: la criada nos ayudó sin escrúpulo en vista de que al día siguiente pensaba confesarlo, y él pasó la noche conmigo. Cuando por la mañana me levanté, se me acababa la vida, quería volver á verle, no podía vivir sin él, ni pensaba en la confesión; pensaba en mi amor, en mi amor... él me había dicho que aquello era amor. La criada me recordó que debía ir á lavar el pecado cometido, y fuí con ella misma. Cuando me levanté de los pies del confesor estaba medio loca: me había negado la absolución; me dijo que estaba condenada, que mi alma ardía ya en los infiernos y que necesitaba profesar en el Beaterio para que Dios me perdonase, si no quería perder la gloria y abrasarme en las llamas del fuego eterno. Horrorizada me encaminé al convento sin volver á casa y no quise recibir á mi madre cuando pretendió verme; el confesor por un lado, y la criada, á quien yo veía, por otro, mantenían constante mi terror al infierno; la sirvienta lloraba creyéndose condenada conmigo por haber sido cómplice. Mis sufrimientos eran horribles; en mis oraciones mezclaba las frases que yo había oído aquella noche y me exaltaba hasta volverme loca. Profesé, sin saber nada de él; no sé si me buscó; nadie más que la criada me hablaba de aquel hermoso demonio, y ésta me dijo que había marchado. Al poco tiempo de pronunciar los votos eran mayores mis torturas; cuanto más imploraba á la Virgen que apartase su imagen de mi pensamiento, más me la presentaba.. Todos me abandonaban, hasta la Virgen... Mi pecado, tenía razón el confesor, era monstruoso. ¡Dios estaba enojado!... ¡Su madre no quería escucharme! Cuando me convencí, porque de él no podía olvidarme, de que no había salvación para mi alma, ya no pensé sino en huir. en llegar á Lima como fuese, pidiendo limosna, y acechando la ocasión llegó por fin. Escapé; me persiguieron y me encontraron á los dos días, muerta de cansancio, de hambre y de fatiga; me volvieron aquí... Aquí estoy... condenada todavía, ¿verdad?, condenada, eternamente condenada.

– No. Dios perdona á los inocentes, á los desgraciados. ¿Qué culpa tiene el niño á quien dejan dormido al pie de una fogata, si dando la vuelta cae en las llamas y se abrasa? Usted es inocente y Dios lo ve todo, lo oye todo y todo lo perdona á las criaturas desgraciadas como lo es usted. Vamos, dígame ese nombre que no quería pronunciar, yo le hablaré de él si lo conozco: ¿quién es?

La monja, con las pupilas dilatadas, la cabeza temblona y las manos perláticas, pronunció un nombre y un apellido que me eran muy conocidos.

Una idea rápida como el rayo hirió mi pensamiento.

– ¡Pobrecito!, dije.

– Pobrecito, dice usted, ¿por qué?

– Porque ha muerto en la defensa de Arica.

Sor Angelina sonrió con placidez, me estrechó las manos, levantó los ojos al cielo, y al bajar los párpados rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

– ¿Verdad que vale más morir heroicamente en defensa de la patria, que vivir sufriendo como usted sufre?

– Sí, pero ya no sufro; él está en el cielo, él ha rogado á Dios por mí y Dios me perdona; usted me ha traído el indulto. Ya estoy tranquila. ¡Ha muerto! Allá nos veremos. ¿Cuándo será? Pronto. Ahora sí que tengo esperanzas de verle.

Me despedí: – ¡Adiós, Domitila!, le dije.

– Sor Angelina, señora, Sor Angelina.

Salí del Beaterio muy impresionada y diciéndole á la superiora:

– Ya pueden ustedes soltarla, está curada y será mientras viva, poco tiempo acaso, una religiosa ejemplarísima.

Yo había mentido á la enamorada monja. ¡Si le hubiese dicho la verdad!... Su amante de una noche no había muerto ni se había batido en parte alguna: era un libertino sin conciencia, y cuando estuviera en Huanuco hacía un año que contrajera matrimonio con una millonaria de edad madura.

Un mes después lo vi; le conté el caso, y no conservaba más que un vago recuerdo de la infeliz reclusa del Beaterio.

Eva Canel

NUESTROS GRABADOS

Catedral de León. Pinturas murales del ábside.—Catedral de León. Sillería del coro. – «Al desembocar por la angosta calle del Cristo de la Victoria en la vasta plaza de la catedral, ofrécese á los ojos el más gentil espectáculo que pudo combinar el arte y crear la fantasía. Descubierto por el frente y por el flanco, dominado por las agujas de crestería de dos altas y robustas torres, erizado de pináculos y botareles de varias formas, reforzado por contrafuertes y arbotantes, ceñido de andenes y calados antepechos, perforados de arriba abajo sus muros por dos órdenes de ventanas ojivales, presentando triple portada al Occidente y triple portada al Mediodía cuajadas de primorosas esculturas, tiéndese cuan largo es y elévase á su mayor altura el grandioso monumento, permitiendo abarcar en una sola mirada su incomparable armonía.» Así describe á la catedral de León, á aquel templo que tanto ofrece que estudiar para la historia del arte y cuyos detalles reunidos formarían por sí solos un museo, D. José María Quadrado.

Difícil empresa sería la de enumerar las bellezas que encierra la que fué basílica de Ordoño II, la *Pulchra Leonina*, conforme se la distinguió. Nos limitaremos, pues, tomando como base los detalles que damos á conocer á nuestros lectores, á significar que varias cuanto antiguas y notables pinturas consérvanse en aquel templo, entre ellas, aparte de las del ábside, la llamada del *Ecce Homo* y la del entierro de Jesús, curiosísimas por los trajes de las figuras y por sus pormenores. Median entre la sepultura del rey Ordoño y las de San Pelayo y San Alvito, colocadas á un lado y otro del trasaltar y expuestas sobre dos lujosos arcos á la veneración de los fieles.

No menor interés ofrece el coro, cuya sillería, obra de fines del siglo XV, ostenta bustos de personajes del antiguo testamento y efigies enteras de apóstoles y santos encerradas dentro de arquitos con arabescos y cobijadas por calados guardapolvos. De mayor mérito son las tablas contiguas á la entrada, en que aparecen la generación temporal de Jesucristo, la visitación, la caída de los ángeles y el descenso del Redentor á los limbos.

Mi modelo, cuadro de Andrés Petroni. – Digno de estudio y detenida observación es el tipo del modelo. En todos los países ofrece en el fondo los mismos caracteres, más ó menos salientes, según sea la clase á que pertenezca, ya que en las *modelos* existen jerarquías. La holganza, el lujo ó la miseria son las causas á que debe la mujer que se dedica á servir de modelo el origen de su profesión, y excusado nos parece consignar las diferencias que en ellas determinan la violencia ó la vocación. Las más de ellas son dignas de compasión, ya que tras de su sonrisa, de su aparente facilidad en poner al descubierto lo que las demás encubren, existen pesares, privaciones y seres desvalidos á quienes la labor de la modelo proporciona hogar y sustento.

Distínguense, sin embargo, algunas que constituyen un verdadero arcano, y á este propósito consignaremos un caso tan raro como curioso. No ha mucho tiempo contrajo matrimonio en esta ciudad un sencillo menestral con una joven de buena presencia, que por tenerla servía de modelo para el desnudo en el Círculo Artístico. El marido, que sólo tuvo noticia del oficio de su esposa á consecuencia de sus diarias ausencias del hogar doméstico, dirigió una carta al presidente del Círculo, manifestando que si su esposa seguía exhibiéndose en la clase de desnudo, así fuera para inspirar Venus Citérea ó Diana Cazadora, se suicidaría. Poco afectó la amenaza á la modelo, que continuó ejerciendo su oficio, por cuyo motivo el desesperado marido embarcóse para el Nuevo Mundo, dejando abandonada á su consorte que neutraliza su amor conyugal por el amor al arte.

Tal vez el tipo representado por el pintor napolitano Petroni debe pertenecer también á la clase ó categoría de la modelo catalana á que nos referimos.

Retrato de Juan de Monfort, obra de Van Dyck, existente en la Galería de los Uffizi de Florencia.— Esta obra de Antonio Van Dyck, rival, en el retrato, del Ticiano, consérvase en la galería de los Uffizi de Florencia. En aquella pinacoteca, única por la numerosa colección de retratos que atesora, existen algunas obras del célebre maestro, distinguiéndose entre ellas la que recuerda al descendiente de aquel Simón de Monfort, azote de la desgraciada Provenza, que en justo castigo á su crueldad pereció ante los muros de Tolosa, la ciudad do se hallaban condensadas las aspiraciones y libertades de la tierra lemosina. Los episodios de aquella luctuosa epopeya han inspirado recientemente al eximio vate catalán D. Víctor Balaguer su trilogía *Los Pirineos*, obra que aparte de su indiscutible mérito literario, tiene para nosotros el inapreciable de evocar el recuerdo de épocas que, si bien pasaron para no volver, despiertan el entusiasmo patrio y avivan el sentimiento que debemos albergar en el corazón por la tierra que nos vió nacer.

La historia consigna en sus páginas los nombres de Amaury, hijo de Simón, muerto durante las cruzadas en el sitio de Otranto, los de Guido, Felipe y Juan de Monfort, duque de Bretaña, chambelán, á juzgar por la llave que sujeta en el cinto, que es el personaje representado en el lienzo de Van Dyck, notable no sólo por el dibujo, sí que también, como todos los retratos de aquel pintor, por su colorido é inimitable expresión.

Interior de mi estudio, cuadro premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.—En el corral, cuadro de D. José Arpa y Perea. Si triunfos logra el autor de los cuadros que reproducimos, merecida recompensa son á sus afanes y laboriosidad. Discípulo de D. Eduardo Cano y de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, debe á su aplicación y cualidades la plaza de pensionado que justamente le otorgó la Diputación de su país natal. Las Exposiciones nacional de Madrid, la general de Bellas Artes de Barcelona y la de Berlín, en que acaba de ser nuevamente distinguido, demuestran y justifican la distinción que se le concedió al comienzo de su carrera artística. Joven, emprende con seguro paso el difícil y escabroso sendero que ha de recorrer el artista. Hoy constituye una esperanza, quizás lo porvenir reserva al pintor sevillano nuevos laureles si persiste en sus nobles propósitos de lograr, por medio de la labor y del estudio, unir su nombre al de sus compañeros y paisanos que tanto honran á España y á la morisca Sevilla.

La noche, escultura de Miguel Angel. (Existente en la capilla de los Médicis, en Florencia.) – La iglesia de San Lorenzo, emplazada en el mismo sitio que ocupó la consagrada por San Ambrosio en 393, es uno de los monumentos más interesantes de la antigua capital de Toscana y en el que tal vez descuella en toda su grandeza el genio y magnificencia de los Médicis. Bajo la dirección del célebre Brunelleschi procedióse á la reconstrucción del templo en 1425, y en su sagrado recinto existen obras de todos aquellos grandes artistas que como Donatello, Bronzino, Brunelleschi, Verrochio, Rosso, Miguel Angel, etc., merecieron la decidida protección de aquella ilustre familia á quien tanto debe el arte italiano. Erigida ó reconstruída la iglesia gracias á la munificencia de Juan y de su hijo Cosme de Médicis, comprendese cuán justificado había de ser el interés que mereció á sus succsores y que en sus capillas escogieran la mayor parte de ellos sitio ó lugar de eterno reposo. La magnífica escultura que reproducimos, obra de aquel gigante del arte, Miguel Angel, forma parte del monumento de Julio II de Médicis, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico y tío Lorenzo II, cuyo monumento se halla frontero. Debajo de la estatua existen las dos figuras alegóricas del *Día* y la *Noche* que se supone concibió Miguel Angel para expresar la idea abstracta de la vida activa y de la vida contemplativa. Sea cual fuere su propósito, el resultado es que ambas obras son, como todas las del gran maestro, dignas de admirarse, ya que en ellas se halla impreso ese algo sublime que acusa el genio.

Además de las citadas estatuas existe en la capilla destinada á enterramiento de los Médicis el notabilísimo grupo no terminado de la Virgen y el Niño, obra de Miguel Angel, admirable creación en que se hallan reunidos el sentimiento del artista y la fe del creyente.

Dignas de mencionarse también son la estatua de San Cosme, ejecutada por fray Juan Angel Montoreoli, y la de San Damián, de Rafael de Montelupo.

No menor interés despierta la capilla llamada de los Médicis ó de los Príncipes, construída en la época de Fernando I, bajo la dirección de Juan de Médicis y Mateo Nigetti Destinada en 1604 en que empezaron los trabajos á recibir el santo sepulcro que había ofrecido á los duques el emir Facardin, consagróla Cosme II á sepultura ó panteón de la familia ducal. Los muros hállanse revestidos de preciosos mármoles y la magnificencia de los Médicis obsérvase en la profusión y riqueza de los adornos que la embellecen. Allí los grandes maestros dejaron también muestras de su ingenio, y así como sorprenden las magníficas estatuas de bronce dorado de Cosme II y de Fernando I, obras respectivamente de Juan de Bolonia y de Tacca, maravillan los suntuosos mausoleos de Cosme I, de Francisco I y de Cosme III y los preciosos frescos que decoran la cúpula, obra de Benvenutti.

Junto á la capilla levántase la famosa biblioteca Laurenciana, fundación asimismo de los Médicis. El salón y el vestíbulo construyéronse en 1524 en presencia de los dibujos ejecutados por Miguel Angel, siendo terminados por Vasari.

Esta biblioteca, que fué la primera que con carácter público establecióse en Italia, formóse con las colecciones reunidas que poseyeron Cosme y Lorenzo de Médicis. La entrada en Florencia de los franceses acaudillados por Carlos VIII determinó su casi destrucción, puesto que se enajenaron la mayor parte de los volúmenes que contenía, y fueron adquiridos casi todos por el convento de San Marcos en 4.000 ducados A esta feliz circunstancia se debe la conservación de las obras importantes que aún existen, puesto que recogidas y conservadas por los monjes, fueron vendidos todos los libros en 1508 en la suma de 2.652 ducados al cardenal de Médicis, que después subió al solio pontificio con el nombre de León X, quien trasladó á Roma su adquisición.

Clemente VIII restituyó á Florencia esta parte geniosa del patriotismo de sus antepasados, encargando á Miguel Angel la construcción de un edificio apropiado para biblioteca junto á la basílica de San Lorenzo. Cosme I procedió á la colocación de los volúmenes y sus sucesores procuraron todos enriquecer con valiosos donativos tan importante fundación, ejemplo que imitaron también los particulares, entre ellos la duquesa de Albany, que cedió la que fué biblioteca de Alfieri.

Actualmente cuenta con una notabilísima colección de nueve mil manuscritos y libros tan raros como curiosos, tales como ejemplares de las primeras ediciones impresas de la *Biblia*. Entre los manuscritos que atesora merecen citarse un *Virgilio*, del siglo IV; *las Pandectas*, del siglo VII; dos manuscritos de Tácito, del siglo X; copia de otro del 395, procedente de un convento de Westfalia, descubierto por Arcimboldi durante el pontificado de León X; *El Decamerón de Bocaccio*, de 1384; un *Quinto Curcio*, del siglo X; cartas familiares de Cicerón, copiadas por Petrarca; un ejemplar de las obras de Horacio, procedente de la biblioteca de Petrarca, que contiene asimismo algunas cartas de este último; el famoso manuscrito de *Lenguas*; varios escritos inéditos de Ticino; un evangelio asirio del año 583; una Biblia *in folio*, del siglo VI; un *Canzionero*, del siglo VIV, en el que figuran los retratos de Laura y el Petrarca, y por último una carta de Dante, escrita después de su destierro, rehusando el permiso que se le otorgaba para volver á Florencia, por no querer someterse á la condición que se le imponía de impetrar el perdón.

El guitarrista, abanico pintado por D. Mariano Fortuny. – Al igual de Rubens, Bouchery y Watteau, el artista reusense, gloria del arte patrio contemporáneo, fijó en la tela del abanico la gama de su brillante paleta para convertirlo de objeto frívolo y trivial en manifestación artística. El guitarrista, que oculto entre los pliegues que determina el varillaje, cobra vida y se transforma en cuadro al abrirlo, pregonando las cualidades de colorista que tanto enaltecieron al que en su rápida cuanto corta carrera artística logró elevarse á una altura que por desgracia no han podido alcanzar sus sucesores.

El abanico pintado por Fortuny, convertido hoy en joya artística, fué dedicado al Sr. Gargollo, el que levantó el teatro de Apolo en Madrid, por el pintor reusense como testimonio de afecto y consideración.



POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONCLUSIÓN)

¿De amor? ¿Era esto posible? ¿Podía ser amado todavía M. Thomassiére, después de tantos años... de tantos años de pesada soledad en Saint-Alvere?... ¡Oh! A este pensamiento, las rosas de Jericó, marchitas y empolvadas, volvían á florecer con las gotas de agua de las ilusiones. ¿Y por ventura no podía abrirse de



Interesado de repente en la lectura los hojeó todos

nuevo el corazón seco y cerrado del antiguo notario? Las francas sonrisas de las jóvenes bonitas están destinadas á obrar semejantes milagros.

Lo cierto es que M. Thomassiére se levantó muy turbado y se vistió calenturiento. Mientras lo hacía, procuró recordar su programa, el objeto de su viaje de moralista y justiciero. ¡Ah! ¡Había olvidado este programa como se olvidan los programas políticos!

«Veamos, veamos... No he terminado mi tarea... Esta tarea sólo está principiada... Se trata de saber si Teodoro cometerá la necedad... la locura... la... ¡Oh! ¡Cuando se ama es cualquiera capaz de cometer muchas necedades!... Es preciso que vea á Teodoro... y que también conozca á Gabrí... No la conozco todavía... No he visto más que á la señorita Copín... Margarita Copín...»

Y se interrumpió, complaciéndose en recordar este nombre: *Margarita*.

«No conozco más que á Margarita... la otra *Educación laica*, la verdadera... la verdadera, puesto que ha creado el papel... La señorita Vernier no será ya más que una suplente suya... ¡Es tan bella!»

Y la volvía á ver constantemente, á través de la sonrosada luz de las lámparas del teatro, con su traje negro que hacía resaltar la blancura de las carnes... Y después frente á frente de él, en la inquietante cena del café Inglés.

En seguida, tratando de desechar la visión y procurando volver á ser el Mentor de virtud, como lo era cuando salió de Saint-Alvere, seguía pensando:

«Dejemos á Margarita, dejémosla... La que me preocupa es la señorita Vernier: se trata de arrancar á Teodoro de las garras de Gabrí... Pero esto no será fácil, nada fácil, por poco que se parezca á Margarita, aunque sea la mitad menos linda que ésta.»

Razón de más para obrar con premura. Después de almorzar iría inmediatamente á la calle de la Fuente de San Jorge para sorprender á Teodoro. Almorzó, pues, por costumbre, porque se sentía con el estómago y la cabeza pesados. ¡Y eso que no había probado la cena de la noche antes! Mojó un poco de pan en un huevo pasado por agua y comió algunos racimos de uvas. El mozo del hotel al servirle el café le trajo los periódicos de la mañana, que M. Thomassiére desdobló maquinalmente. Después, interesado de repente en la lectura los hojeó todos para enterarse de la crítica de la obra estrenada la noche anterior, de la revista *¡Quítate, que yo me ponga!* En todos los artículos de crítica teatral había algunas frases amables para la señorita Copín: uno decía que el público no había perdido nada con ver representar por la señorita Copín, á quien se había metido para ello en fuga, el papel destinado á una actriz que se había fugado. (¡Anda, para que aprendas, Gabrí!) Otro comparaba á Margarita Copín con una figura de Rubens, con una hermosa creación de Rubens: todos los cronistas estaban á cual más galantes.

– Se calumnia á los críticos, pensó Thomassiérre; entre ellos hay muchos que hacen verdadera justicia, y que tienen gusto, muy buen gusto.

Otro periódico, en una sección titulada *Una Soirée Parisiense*, relataba humorísticamente la historia de la *cuerda*, la ruptura de la contrata de la señorita Gabrí; pero con menos gracia y verbosidad que la había contado Margarita Copín en el gabinete del restaurant, según opinión de Thomassiére.

«¿Qué importa á los afortunados empresarios, añadía el periódico, que la señorita Vernier haya mentado la cuerda, si la señorita Copín ha traído buena sombra al teatro, cual si llevase consigo cuerda de ahorcado?»

– Decididamente, pensó M. Thomassiére, estos críticos tienen talento.

Continuó leyendo cada vez más febril y ansioso, porque la *Soirée Parisiense* añadía:

«En cuanto á la señorita Vernier, se dice que abandonada repentinamente por un hijo de familia, el conde Teodoro de T..., que debía casarse con ella, ha roto violentamente su contrata teatral parisiense para irse desesperada á Buenos Aires, formando parte de la compañía de Silbermann, que debe embarcarse dentro de cuatro días. Por lo visto abandona nuestra república por otra república más argentina.»

El antiguo notario sintió un vértigo.

¡Gabriela abandonaba París! Y le abandonaba, según decía el periódico, porque había sido *abandonada* por un hijo de familia!

El conde Teodoro de T... En esto se equivocaba el periodista, Teodoro no era conde. Este Teodoro de T... sería Todoro, el Teodoro que había dejado á la Gabrí, por lo cual ésta, desesperada, había mandado á los demonios al director, á los autores y al papel de *la Educación laica*.

¿Qué tenía, pues, que hacer en París Gastón Thomassiére, supuesto que Teodoro *ídem* había roto violentamente con la señorita Gabrí?

«¡Vaya si tiene carácter Teodoro!,» pensaba su padre.

Sin embargo, M. Thomassiére se disponía á ir á la calle de la Fuente de San Jorge. No reñiría, felicitaría á su hijo, y punto concluído. Tomó las señas de la calle, que no recordaba, y durante el trayecto pensó en Rubens, Rubens indudablemente era un gran pintor... En el Museo de Perigueux había un Rubens... Era verdad, mucha verdad que Margarita Copín se parecía á un Rubens.

«Estos periodistas encuentran siempre la palabra adecuada: lo conocen todo.»

Llegado á la calle de la Fuente, M. Thomassiére detúvose frente á la alta casa en donde habitaba su hijo.

Entró y preguntó por Teodoro á un hombre de honrado aspecto, cuya boca ocultaban unos bigotes grises que denunciaban al antiguo soldado: era el portero, que frotaba con un pedazo de paño la bola de cobre que había en la escalera.

– ¿M. Teodoro Thomassiére?, dijo el interpelado, no está ya en París.

– ¡Vaya! ¿Pues dónde está?

En Saint-Alvere.

¿En casa de su padre?

Justamente. ¿Por lo visto, sabe usted que en Saint-Alvere?...

– Yo soy su padre, interrumpió el anciano notario, y me choca que Teodoro no me haya avisado.

– ¡Ah, señor, eso no tiene nada de particular!... Ha sido de pronto, muy de pronto... Por la mañana, lo mismo pensaba M. Teodoro en volver al Perigueux que en ir á las Grandes Indias, con perdón sea dicho, y por la tarde, de pronto *¡cataplum!* hacía cargar su equipaje en un coche y... ¡arrea! ¡á la estación! Ha sido una gran dicha.

– ¿Por qué?, preguntó Thomassiére.

El portero tomó un aspecto malicioso.

– ¿Por qué? ¡Caramba, señor, por causa de la señorita!

– ¿La señorita Gabrí? Está bien; ya lo sé.

– La cosa es que ya estaba cansado de la tal señorita Gabrí; no sabía cómo concluir; había medido la profundidad del abismo...

– ¡Cómo!, interrumpió estupefacto el notario. ¿Qué decís?

El portero repitió con militar gravedad:

– Digo que había medido la profundidad del abismo en que iba á hundirse.

M. Thomassiére se apoyó involuntariamente en el pasamano de la escalera, para no caer al suelo.

De modo que había él abandonado á Saint-Alvere, atravesado la Francia y venido á París para preguntar á Teodoro, con el acento severo de un padre

corneliano si había medido la profundidad del abismo... y en este mismo momento Teodoro la medía, sondaba la profundidad y retrocedía delante del abismo, partiendo para Saint-Alvere.

Allí, en su casa, debería haber un pedazo de papel azul, procedente del telégrafo, anunciando al notario la llegada del parisiense. ¿Quién le habría recibido? Evidentemente la vieja María toda temblorosa é inquieta por la salud de *su señor*, y puede ser que le hubiese llevado al juez de paz *moussu* Langlade.

El antiguo notario se sentía algo desvanecido, y para comprender esto tenía necesidad de todo su raciocinio.

– ¿De modo que Teodoro no está en París?, volvió á preguntar al portero.

– No, señor.

– ¿Y la señorita Vernier?

– ¡Oh! En cuanto á esa, ayer se despidió furiosa de esta casa, en plena escalera, diciendo que iría más bien al Congo, sí al Congo, que volver á ver á M. Thomassiére; aunque á decir verdad, esto no supone nada, porque no es la vez primera que ha amenazado con no volver y ha vuelto siempre... Por lo tanto, M. Teodoro ha hecho muy bien en pillar la ocasión al vuelo y correr al camino de hierro... Sea dicho entre nosotros, caballero, M. Teodoro estaba ya más que harto de ella.

– Sí, sí, afirmó Thomassiére, por fin ha medido la profundidad del. .

– Y tomar el tren, que es lo más seguro.

¡Tomar el tren! El notario se preguntó si no iba él á tomarle también, supuesto que su hijo no estaba en París.

¿Y qué tenía ya que hacer? Nada. Regresar á Saint-Alvere, abrazar á Teodoro y decirle:

«¡Muchacho, qué bien has hecho en medir aun sin mí la profundidad del!..

«Sí, voy á largarme, seguía pensando Thomassiére. ¿Por qué no he de largarme?... ¿Qué puede detenerme en París?... Teodoro está en salvo.. ha medido...»

Y después de dar las gracias y despedirse de aquel buen hombre de portero, el notario echó á andar por la calle; pero sin duda por casualidad equivocó el camino y hallóse inconscientemente delante de una puertecita, en cuyo umbral, algunas horas antes, habíase despedido de una joven alta y hermosa, especie de aparición mágica, de rubios cabellos, sobre cuya frente nacarada había impreso un ósculo suave y paternal; sí, sobre la frente de *la Educación laica*, estrechando al mismo tiempo su blanca manecita. El notario sentía aún la caricia de aquel beso en sus labios.

Allí era, sí; allí, en la calle Pigalle, habitaba Margarita Copín... La Rubens, la verdadera Rubens de la que hablaba la prensa... ¡Ah! ¡Qué hermosa criatura! ¡Qué bonachona y qué picaresca! ¡Con cuánta verbosidad había contado la historia de la cuerda!

No había querido que subiese á su casa aquella noche, pero le había dado permiso para visitarla, y aquella puerta tan brutalmente cerrada pocas horas antes estaba ahora abierta para él, no hostil, sino hospitalaria.

«¿Si subiese á verla, pensó Thomassiére, ó más bien á despedirme de ella?... Porque si me voy... y sí que me voy... es preciso que vuelva á verla, aunque no sea más que por cortesía.

«Sí, sí, un adiós, un adiós solamente, pensaba el notario subiendo lentamente la escalera de la casa, y me marcho en seguida, llevando al fondo de mi viejo Perigueux el recuerdo de esta juguetona visión de una parisiense... Sí, haré provisión de esta rubia aparición para el resto de mis días.»

Cuando tocó la campanilla estaba conmovido el bueno del notario, muy conmovido, tanto como cuando efectuó su duelo con el oficialillo del 3.° de ligeros por causa de la librera del gabinete de lectura...

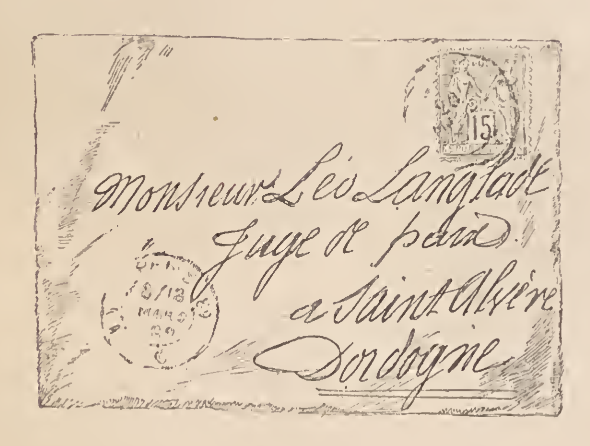
Resonó la campanilla... Salió á abrir una linda muchacha morena, respingada, risueña, coqueta...

– ¿Se puede ver á la señorita Copín?

– ¿A quién anuncio?, preguntó la morenita.

– A M. Thomassiére.

– ¡Ah! ¿Es usted, dijo la linda muchacha sonriendo, M. Gastón Thomassiére? La señorita os esperaba.


Monsieur Léo Langlade
Juge de paix
à Saint-Alvère
Dordogne

VI

«Mi querido y antiguo amigo: Hace tiempo que no te he escrito porque no sabía cómo expresarte lo que ha pasado en mí y en derredor mío desde las doce semanas que hace que estoy en París. ¡Qué aventura, mi buen Langlade, y con cuánta razón se dice que sucede todo, hasta lo imposible!

»Bien sabe Dios que suponía terminada mi vida de acción y limitada á nuestros agradables coloquios de Saint-Alvere, cuando bebíamos el vinillo de Costo-Rasto, en recuerdo del pasado. Tú me hablabas de tu sobrino Gustavo y yo de mi hijo Teodoro, haciendo proyectos un tanto ambiciosos respecto al porvenir de esos dos muchachos. No nos ocupábamos nunca de nosotros, viejos inválidos de la vida, porque creíamos que ésta se acaba al pasar de los sesenta años.

»De todas veras. Yo no pensaba más que en preparar la maleta para hacer un día ú otro el gran viaje. Esto es lo cierto, Langlade, y no me preocupaba de



Chevandier, fijaos bien en el señor: es mi marido

otra cosa... Me equivocaba: uno no acaba nunca, mi querido camarada, mientras conserve el pie firme, la dentadura sana y el estómago sólido.

»Me he persuadido de ello desde que he vuelto á este París, tan peligroso para los jóvenes, y que como un vino nuevo se le subía á la cabeza á mi pobre Teodoro... Mira, querido... es una diablura, pero me ha parecido al llegar aquí que volvía á mi elemento.

»No ignoras que hay árboles á los que se cree muertos que de repente se llenan de savia y echan hojas: á mí me ha sucedido una cosa semejante. Siento verdaderamente una inundación de savia, y tú, Langlade, habrías experimentado la misma inflamada inundación, si como yo hubieses encontrado, tratado y apreciado á la que pienso hacer mi esposa...

»Porque esta es la gran noticia que tengo que comunicarte, y que en adelante, no ahora, te pediré que transmitas á Teodoro, suavemente, con habilidad... pues seguramente le admirará. Sí, mi buen Langlade, me caso; me uno á una mujer cuya hermosura y talento son incontestables... (te enviaré un paquete de periódicos que hablan de ella); mujer fénix y que á despecho de una existencia al parecer independiente, ha practicado fielmente las más raras virtudes del corazón y de la abnegación.

»Es una actriz. ¿A qué ocultártelo por más tiempo? Pero una actriz de mérito sorprendente, á la que sólo las circunstancias han impedido llegar al primer puesto en su arte; pues en todas las cosas no basta con ser laborioso é inteligente y se necesita ser ayudado por la fortuna ó casualidad.

»La señorita Copín (éste es su nombre) ha sido inteligente y laboriosa, y la casualidad se la ha mostrado adversa ó sólo la ha ayudado á medias.

«Hija de padres pobres, pero honrados, debió haber entrado en el conservatorio si su familia hubiera podido proporcionarla medios para seguir su carrera. No teniendo, pues, fortuna, la señorita Copín prefirió valientemente lanzarse al teatro práctico, y con un aliento admirable se presentó por vez primera en la Scala (no de Milán, de París). Cantó, ¡pobre muchacha!, cantó coplas y música de excesiva fantasía, que repugnaban á su gusto, instintivamente puro... Pero, como yo digo, también Rachel, la gran Rachel comenzó por cantar en los patios y en las calles.

»¿Por qué la señorita Copín ha tenido que empezar por las cancioncillas? ¡Ah! Si tú la hubieras oído como yo contar las tristezas de esos años de pruebas, la simpatía se te hubiera entrado por el corazón, como el amor se entró por el mío por medio de la compasión; amor paternal, después de todo, no obstante la belleza de la señorita Copín (ya verás por los periódicos que es bella como un

Rubens, y los periódicos podían haber añadido: «como un Rubens que tuviese alma»).

»Después, esta ternura paternal que se despertó en mí tomó otro aspecto, otro nombre, á medida que las confidencias de la artista me la mostraban elevándose poco á poco, por medio de un trabajo encarnizado, desde el Café-concierto hasta la escena de *Las locuras dramáticas* y luego á la de Montansier, el famoso teatro de Montansier, en donde yo debía verla por vez primera. ¡Ah, Langlade! Yo hubiera deseado que hubieses podido ver la turbación, el azoramiento, la timidez que se apoderó de esta joven aguerrida á todo lo imprevisto de París, cuando declaré á Margarita (se llama Margarita) los sentimientos que me había inspirado.

»Primeramente me prohibió que la viera, luego quiso huir, hasta que por último consintió en escucharme por bondad, comprendiendo cuánto disgustaba á un hombre decidido á consagrarla su existencia, sí, su resto de existencia, como yo la decía con falsa modestia, cuando por fin tuvo á bien oirme.

»Conforme la trataba descubría en ella una nueva gracia, un talento, una seducción, un hechizo inesperados, sintiéndome, no rejuvenecer, mi buen Langlade, sino vivir, y vivir por vez primera.

»No digas esto á Todoro. No le digas que sólo vivo desde hace algunos meses; quiero que siempre venere á su madre, por más que Estefanía, á mi juicio, haya sido seca y dura conmigo. ¡Cuántas veces me recordó orgullosamente la familia á que pertenecía! Al revés, la señorita Copín no tiene la insolente vanidad de artista. ¡Se ha hablado tanto del orgullo de los cómicos! ¿Sabes cómo llama ella á su teatro? *La Caja*, ni más ni menos.

»Porque Margarita es la más familiar, la más llana, la más sencilla de las mujeres,



Salió á abrir una linda muchacha morena

»Yo la aconsejo que continúe en el teatro, aunque ella quisiera dejarle; porque me parece que si tiene, como debe tener, grandes éxitos, no me asiste el derecho de malograr su carrera. Además, me agrada que conserve ante mis ojos la aureola que proporcionan las luces de la escena. Si por mí abandonase el teatro, me parecería decapitar una gloria y marchitar en flor una esperanza artística. ¡Si supieras! ¡Hay tan pocos talentos en París!

»Decididamente, mi viejo amigo, me caso con ella. Ella ha dudado, retrocedido y hasta reído en los primeros momentos, lo cual, según me ha dicho constituye en ella un modo de llorar de alegría; mas por fin ha consentido.

»Me siento en el colmo de la alegría.

»¡Figúrate, voy á ser el marido de una artista, de una artista admirada, lisonjeada, adorada! ¡Casarse con un Rubens, un Rubens delicado, porque sólo así puedo definirte á Margarita!

»Hubiera tenido una satisfacción en pedirte que me sirvieras de testigo; pero el viaje es largo, fatigoso. Me contentaré con algunos amigos de fecha más reciente: un joven *reporter* de finos modales, muy instruído, que me ha presenta-

do Margarita, y uno de los asiduos aficionados al teatro, el barón Debielle, antiguo prefecto.

»Te confieso que lo que me preocupa en este negocio es Teodoro; quizá crea que me he rejuvecido un *poco demasiado*, y me sería desagradable que viniera á París á hacerme algunas reflexiones. Supuesto que ha tenido el buen



IV. Thomassiére y Margarita Copín

sentido de dejar esta ciudad donde resbalaba por una pendiente, para irse al Perigueux á descansar, que continúe en el hogar de la familia. Trata de retenerle ahí, dile lo que es verdad, que la agricultura es una cosa muy buena y proporciona noble ocupación á un hombre joven verdaderamente unido al suelo natal.

»Le vería con gusto hacerse agrónomo, porque el campo no sólo se resiente de la falta de brazos, sino que también de cabezas. Supongo que no pensará más en la señorita Gabrí, en lo que tendrá razón. La señorita Gabrí está en América, en donde canta la opereta. Margarita me ha confirmado su viaje, asegurándome sin segunda intención que la señorita Vernier no había gustado en Buenos Aires. Parece ser que la han chicheado.

»Teodoro no tiene ninguna razón para inquietarse por sus intereses particulares, que serán cuidadosamente respetados; la señorita Copín ha simplificado la cuestión desde un principio. Margarita no quiere de mí (debo decírtelo, pues harto sabes, mi querido Langlade, que no peco por exceso de fatuidad), no quiere de mí más que á mí mismo; me lo ha dicho en un tono en que se revela la verdad: la querida niña no hace un negocio, sino uno novela de dos personajes: ella y yo.

»En suma, mi viejo amigo, soy el hombre más feliz del mundo.

»Recorro los almacenes con mi futura, sí, con mi futura; este nombre me enternece hasta llorar. Estamos amueblando un hotelito en la calle Viéte, avenida de Villiers, un nuevo barrio, un lindo París que no conoces. Permaneceremos aquí el invierno, y pasada la primavera, cuando llegue la *clausura* de la estación elegante, puede ser que vayamos á pasar algunos días á Saint-Alvere, al dirigirnos á Trouville, y me verás llegar á tu casa, mi buen Langlade, con mi Rubens del brazo.

»Pero reserva todo esto; sobre todo no se lo digas á Teodoro.

»Nos casamos dentro de tres días... Ya están publicadas las amonestaciones; lo que falta es arreglar el hotel de la calle Viéte, que va despacio. Margarita tiene razón. ¡Qué *tortugas*, qué *tortugas* son estos tapiceros!..»

«POST SCRIPTUM. – *¡Consummatum est!*, mi querido Langlade. Había interrumpido mi carta, y la acabo para decirte que todos mis votos se han cumplido. Margarita Copín es mi mujer... ¡Y qué mujer!

»Tomo posesión de la casa alegremente. Su director había concedido á Margarita una licencia, y cumplida ésta, la primera vez que la acompañé al teatro, en donde debía volver á encargarse de su papel en la pieza nueva, me presentó gravemente al portero diciendo:

–»Chevandier, fijaos bien en el señor: es mi marido. Pues bien: si alguna vez viene no le dejéis subir á mi cuarto.

»¡Deliciosa chanza, hay para morirse de risa!

»Tiene el don de las frases atractivas, de una sencillez picante, que sería agresiva si no fuese acariciadora.

»Ayer, cuando me arreglaba graciosamente el nudo de la corbata, me miró de un modo adorable con sus lindos ojos azules y profundos como el Vézere, y me recordó la casualidad que hizo que una feliz noche reemplazara á la señorita Vernier en un papel que ésta debía representar (pronto te haré conocer esta historia) y luego repuso: «¡Oh! La *cuerda*, la famosa *cuerda!*, que ha sido causa de que se multara á *Gabrí* y que á mí se me pusiese en el cartel!»

»Y luego, apretándome el cuello con la corbata, añadió todavía: «Pues bueno: la cuerda, la verdadera cuerda es ésta, mi viejo Gastón »
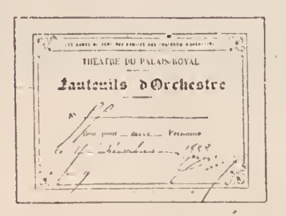
»Estuvo adorable, adorable... Un Rubens maligno... Yo la dí un abrazo..



»Sí, te contaré la historia de la cuerda, pero con una condición, Langlade, y es: que no se la cuentes jamás, ¿lo oyes?, jamás á Teodoro.

»¡Pobre Teodoro! – Tu antiguo amigo, *Gastón Thomassiére.*»

TRADUCIDO POR F. M. GODINO





EL GUITARRISTA, abanico pintado por Fortuny

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

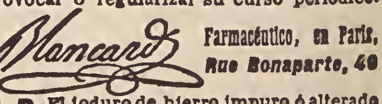
ARTISTAS Y CRÍTICOS ESPAÑOLES, *por Rafael Balsa de la Vega.* – Nuestro estimado amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega acaba de publicar, reunidas en un elegante volumen, las *Siluetas de pintores, escultores y críticos* que escribió para *El Liberal*, precedidas de un notable prólogo, con atinadas observaciones acerca del arte español y completadas con otras más que ha escrito expresamente. Diez y ocho pintores, cinco escultores y seis críticos pasan por el tamiz del crítico madrileño, que aparte de algunas observaciones particulares, acusa en este verdadero estudio de la personalidad de algunos artistas gran espíritu de observación.

Editado el libro por la tipografía de *Artes y Letras*, véndese en las principales librerías al precio de una peseta.

***

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO DE VICENTE RODES, *por D. Carlos Pirozzini y Martí.* – Con motivo de la inauguración de la *Galería de alicantinos ilustres*, y por encargo del Ayuntamiento de Alicante, escribió el erudito y distinguido Sr. Pirozzini este discurso nutrido de doctrina artística, en el que aparece en todo su relieve la hermosa figura del pintor Rodes, que floreció á mediados de este siglo y que fué director de la Escuela de Nobles Artes de Barcelona desde 1840 á 1858, época de su fallecimiento.





Imp. de Montaner y Simón